**Práctica de Selectividad, comentario de texto: “Juguemos”, opción A.**

**TEXTO**

*Jugar en la calle. Jugar en grupo. Esa es la actividad extraescolar que un grupo de educadores y psicólogos americanos han señalado como la asignatura pendiente en la educación actual de un niño. Parecería simple remediarlo. No lo es. La calle ya no es un sitio seguro en casi ninguna gran ciudad. La media que un niño americano pasa ante las numerosas pantallas que la vida le ofrece es hoy de siete horas y media. La de los niños españoles estaba en tres. Cualquiera de las dos cifras es una barbaridad. Cuando los expertos hablan de juego no se refieren a un juego de ordenador o una* playstation *ni tampoco al juego organizado por los padres, que en ocasiones se ven forzados a remediar la ausencia de otros niños. El juego más educativo sigue siendo aquel en que los niños han de luchar por el liderazgo o la colaboración, rivalizar o apoyarse, pelearse y hacer las paces para sobrevivir. Esto no significa que el ordenador sea una presencia nociva en sus vidas. Al contrario, es una insustituible herramienta de trabajo, pero en cuanto a ocio se refiere, el juego a la antigua sigue siendo el gran educador social.*

*Leía ayer a Rodríguez Ibarra hablar de esa gente que teme a los ordenadores y relacionaba ese miedo con los derechos de propiedad intelectual. No comprendí muy bien la relación, porque es precisamente entre los trabajadores de la cultura (el técnico de sonido, el músico, el montador, el diseñador o el escritor) donde el ordenador se ha convertido en un instrumento fundamental. Pero conviene no convertir a las máquinas en objetos sagrados y, de momento, no hay nada comparable en la vida de un niño a un partidillo de fútbol en la calle, a las casitas o al churro-media-manga. Y esto nada tiene que ver con un terror a las pantallas sino con la defensa de un tipo de juego necesario para hacer de los niños seres sociales.*

Elvira Lindo. El País

Se trata de un ensayo de ámbito periodístico, redactado por Elvira Lindo y publicado en El País en enero de 2011. La autora persigue convencer a su público de la necesidad del ocio colectivo para los niños actuales, primero explicando la alarmante situación de aislamiento a la que han llevado las máquinas, para después argumentar a favor de los beneficios del juego social.

Coincido con la idea sobre la utilidad del ordenador en materia de aprendizaje. Está demostrado que, dentro de unos márgenes razonables, los programas y aplicaciones que la informática dirige a este uso estimulan de manera sana la mente de los jóvenes. Por lo tanto, donde a mi parecer recae el problema es en la otra cara de la moneda, los videojuegos, que acarrean horas de verdadera improductividad a niños y jóvenes. Hasta las recomendaciones de nuestra redactora se quedan cortas si tenemos en cuenta el fenómeno de las consolas portátiles; ya no se trata solo de sacar al niño a la calle, sino de que deje atrás su Nintendo o su Sony para que perciba algo del mundo exterior.

Pero no culpemos solo a las máquinas; con moderación, divierten sin ser perjudiciales y lo seguirán haciendo. Por otro lado, factores como la peligrosidad de las calles ya expuesta por Elvira Lindo, la fiebre de las series de animación o la “reciente” incorporación de la mujer al mundo laboral, generan casos de niños solitarios que se aferran a las pantallas para entretenerse. Niños que, en otras culturas, han dado a sus sociedades generaciones de jóvenes problemáticos. Podemos hablar, por ejemplo, del lastre que suponen los “hikikomori” (occidentalizados como “niños burbuja”) y que ya suponen todo un movimiento de protesta social en Japón. Se trata de una juventud inconformista que vive refugiada en sus hogares bajo el mínimo gasto, abusando del tipo de ocio que critica el artículo, todos a la espera de que el gobierno les ofrezca un mayor abanico de oportunidades en el mundo laboral. Si bien pueda parecer que este caso nos aleja un poco de nuestra realidad, tampoco en España escasean ni los conflictos de este tipo ni los jóvenes resueltos que puedan tomar esta línea de acción (o, más bien, de inacción).

Por último, y sin querer eximir con ello a los padres de su implicación para con el problema, también veo necesario atribuir a los centros de enseñanza y ayuntamientos la responsabilidad de fomentar la actividad deportiva en la juventud. Sin embargo, no creo conveniente acompañar esta iniciativa con una mala propaganda sobre otros tipos de ocio, como viene haciéndose desde hace un tiempo. Pues ya lo dice el refrán: “En la variedad está el gusto”, y es precisamente en el tiempo libre donde más debe primar esta libertad, una libertad con la que el niño vaya descubriendo sus intereses en su camino hacia la madurez.

Francisco Javier Crespo Navarro. 2º Bachillerato B. Curso 2011-2012